

Breve análisis de la cultura política y educación cívica de los sinaloenses.

Por Epicuro

Introducción

Uno de los requisitos para comprender el desarrollo de la humanidad, es analizarla a partir de la evolución social. Y solamente podremos comprenderla si distinguimos los cambios trascendentales en la cultura que han sucedido a lo largo de la historia. En el análisis de la sociedad, la cultura se ha entendido como una forma de comprenderse a sí misma. Por eso resulta indispensable conocer el significado de los conceptos mediante los que el hombre se describe a sí mismo y explica su acción o conducta, ser social e ideales. La cultura que se reproduce en una determinada sociedad aporta identidad y consistencia a su población, pero debe apoyarse y reforzarse mediante la educación.

Se dice que la cultura es el conjunto de símbolos, principios, valores, normas, creencias, ideales, lenguaje, costumbres, folklore, historia, mitos y rituales que tienen arraigo y se transmiten de generación en generación. Así, una determinada sociedad o comunidad se mantiene viva y pujante, a pesar del tiempo y de las agresiones externas. Sin embargo, la cultura no solamente se compone del saber acumulado por un pueblo o nación, sino también de sistemas de creencias y arquetipos ideológicos externos que funcionan para explicar y mantener “el orden de cosas” y encontrarle sentido a la vida.

La cultura occidental aporta a otras naciones su rica tradición de sabiduría, una práctica que crece constantemente, que no cesa de evolucionar y de expandirse al resto del mundo. Suena a broma, pero los “occidentales” europeos y estadounidenses afirman constantemente que tienen la mejor religión, lenguaje, forma de gobierno, métodos de producción y sistema educativo. A lo largo de la historia contemporánea han enseñado a la gente de todo el mundo a vestirse a su manera, pensar, rezar, criar a sus hijos, y organizar el poder político.

Entre los sistemas de creencias que siguen avanzando -y adoptándose en países como México- figuran los que reproducen la capacidad de dominar o controlar -mediante las élites- los elementos que componen a una sociedad, es decir a sus instituciones fundamentales. Pero, al hablar precisamente de política y del arquetipo moderno de la “democracia occidental”, hay que señalar que no hay reglas únicas o inequívocas que expliquen cómo y con qué medios los individuos adquieren y conservan el poder ganándose la confianza de sus seguidores.¹

Por otro lado, no hay un método único para educar a los individuos y convertirlos en ciudadanos maduros y responsables dentro del concepto de cultura política democrática. En un país no desarrollado como México, que aún se encuentra en tránsito hacia la democracia como sistema de vida, no tenemos otra opción a la vista que seguir el camino de la “occidentalización” de nuestra cultura.

¹ No obstante que hay un libro que resume algunas reglas generales aplicables a cualquier cultura, véase: la obra de Robert Greene y Joost Elffers, *Las 48 leyes del poder*, buenos Aires, Editorial Atlántida, 1999.

Cabe advertir que en México los factores que conducen a la cristalización de la cultura política democrática no están sujetos únicamente a la voluntad de los individuos sino que resultan de procesos sociales amplios y complejos en los que intervienen sucesivamente varias generaciones de ciudadanos. Así funciona la democracia occidental, no de otra manera, teniendo ciudadanos que votan en ocasiones y rehúsan participar indolentemente, y a otros que se les niegan derechos fundamentales, por esta situación los críticos aducen que éste es un sistema político incompleto, imperfecto y superficial, además resalta una población continuamente insatisfecha consigo misma.

El antecedente más relevante que tenemos en la historia de las ideas políticas de occidente, y que se destaca en nuestra cultura mexicana, es el pensamiento innovador de la masonería especulativa, mismo que se expandió rápidamente por Europa en el siglo XVIII. El movimiento masón fue escuela formadora del prototipo del ciudadano en Francia, Estados Unidos de América y en las colonias americanas.²

Primero en la metrópoli española y más tarde en los recónditos dominios coloniales, la masonería -a través de los ritos escocés y yorquino- inundó la política con ideas políticas en un mundo donde la tradición conservadora-católica señoreaba. A fines del siglo XVIII, la masonería arribó a la Nueva España y fue uno de los factores ideológicos de la revolución de independencia de México, dando lugar al desarrollo de la sociedad

² Algunos de los líderes influyentes de las revoluciones francesa y norteamericana eran masones. En Europa continental se propagó el lema: Libertad, Igualdad y Fraternidad, que coincidía con la actitud de los masones. Éstos reclamaban la libertad de adorar al Dios que quisieran. Duques, nobles y oficiales militares, junto con hombres de rangos inferiores, eran todos miembros de las logias, por lo que demostraban así su creencia en la igualdad, y se llamaban así mismos “hermanos”, porque creían en la fraternidad. Véase la obra de Jasper Ridley, *Los masones, la sociedad secreta más poderosa de la tierra*, segunda edición, Buenos Aires, Ediciones B Argentina, 2000, p. 151.

laica que aún tenemos. Como algunas de las viejas escuelas filosóficas de la antigüedad, los masones predicaban que el sentido último de la existencia humana pasa por el perfeccionamiento espiritual y personal del individuo hasta el punto de que, en algún momento del futuro, el hombre habrá evolucionado lo suficiente para no necesitar más al Estado, ni a la religión ni a la misma sociedad según los parámetros conocidos, pues todos los hombres y mujeres, además de ser libres, vivirán hermanados en paz y en total armonía.

En las primeras décadas del siglo XIX, durante el México independiente, la masonería que operaba en Sinaloa dio forma a la política y a sus instituciones fundamentales, y forjó a los primeros ciudadanos dentro de una naciente cultura política y educación cívica. Esta cultura no surgió espontáneamente sino que fue obra de varios hombres que propagaron las ideas revolucionarias venidas de Europa y de la república de Los Estados Unidos de América, entre estos hombres se destaca don Miguel Hidalgo y Costilla, más tarde estas ideas evolucionaron hacia el republicanismo y el federalismo. Desde entonces, quedó claro por parte de esos nuevos ciudadanos -tanto liberales como conservadores- que la política es el amplio espacio donde se adoptan las decisiones que tienen como fin el diseño de una nueva sociedad y, que sirve para proyectar cómo habrá de ser el poder y cómo habrá de ser su distribución, ejercicio y contención por otros poderes. De acuerdo con este razonamiento, la cultura política se refiere a la percepción subjetiva que tiene determinada población acerca de ese ejercicio del poder y de cómo habrá éste de administrarse. Esta cultura política de dos caras -liberal y conservadora- evolucionó de manera paulatina y titubeante durante el transcurso turbulento del siglo XIX y no planteó un proyecto de Nación diferente a los

arquetipos dominantes, es decir, nada que se apartara de la intención última de llevar al país por los senderos de occidente.

La educación cívica se amoldó a los principios y valores concebidos dentro de la ideología liberal, por un lado, y la conservadora, por el otro, pero más en esta última. Desde antaño, los grupos políticos que han impuesto las decisiones más importantes que afectan al conjunto de la sociedad sinaloense, nunca han admitido que el avance ciudadano pueda consistir en la liberación y estímulo de las enormes capacidades culturales que existen en la mayoría de ellos. Estos grupos nunca se han planteado que el desarrollo signifique crear las condiciones propicias para que crezcan y fructifiquen con plenitud las diversas culturas que han hecho posible la supervivencia de la inmensa mayoría de los mexicanos.³ Por lo anterior, durante el régimen fincado en el autoritarismo que dominó a lo largo del siglo XX, nunca se consolidó la cultura política y educación cívica de los mexicanos, siendo la excepción la obra educativa ejecutada durante el sexenio del general Lázaro Cárdenas del Río (1936-1940).

Es cierto, en distintos momentos de la historia contemporánea de México han habido oportunidades para plantear transformaciones de fondo, no solamente al sistema político sino también al sistema educativo nacional. La más reciente se dio con el triunfo electoral de Vicente Fox Quezada en el año 2000. A partir de ese año, incontables ciudadanos cifraron sus esperanzas en un cambio sustancial y definitivo del viejo régimen priísta. Se creyó que desde la presidencia de la República podrían impulsarse

³ Véase la obra de Guillermo Bonfil Batalla, *México profundo, una civilización negada*, México, Editorial Grijalbo, 1994.

cambios trascendentales para superar atrasos y romper esquemas obsoletos que han limitado al desarrollo nacional, la participación ciudadana en las políticas públicas, y la educación integral de los ciudadanos. Como ya se sabe, el avance es mínimo y a cuentagotas. Sin embargo, se bosquejan con optimismo en las nuevas leyes emitidas por el Congreso de la Unión algunas vías para que transite más abiertamente la participación ciudadana en el diseño, ejecución, seguimiento y evaluación de las políticas públicas.

Al margen de la alternancia política en la presidencia de la República, han surgido varios programas en los órganos electorales autónomos -en el Instituto Federal Electoral y a nivel local en el Consejo Estatal Electoral de Sinaloa- para encauzar este esfuerzo de educar a los ciudadanos dentro de la vida democrática, sobre todo, dichos programas van orientados a las nuevas generaciones de niños y jóvenes, para que estén en aptitud de cumplir con los deberes cívicos, llegado su momento.

Hay que considerar que con la globalización de las ideas democráticas y la expansión de las tecnologías de la información y las comunicaciones, el mundo experimenta cambios acelerados que alteran el rumbo de la cultura política y educación cívica. Como resultado de este despliegue, algunas sociedades -más avanzadas- seguirán imponiéndose sobre otras -no desarrolladas-, menos fuertes culturalmente hablando, modificando finalmente la percepción de esa población en cuanto a cuestiones referidas a los principios y valores de la democracia occidental, política electoral, derechos humanos, participación ciudadana en políticas públicas, etc.

Lo cierto es que el tránsito hacia la democracia plena en los países como México no acaba aún. Hay obstáculos e imperfecciones en el proceso rumbo a la modernización de la vida política, no obstante las reformas legislativas de la década pasada y la función independiente de los órganos electorales, por lo que no están descartados los retrocesos en el siglo XXI, es decir, la posibilidad del regreso al viejo autoritarismo que imperó durante casi siete décadas.

Las expectativas en este tema no son totalmente halagüeñas, porque además el discurso se ha empobrecido de manera notoria en las voces de los políticos, provocando falta de credibilidad en una gran cantidad de ciudadanos. También han influido en contra de esta cultura democrática los video-escándalos y los innumerables casos de corrupción e impunidad en que se han visto envueltos connotados miembros de las élites partidistas. Asimismo, afecta la falta de claridad, transparencia y rendición de cuentas de los cuantiosos recursos económicos que manejan los partidos políticos.

Lo que se dice acerca del concepto de cultura política

Según Mariano Palacios Alcocer el término “cultura política” se utiliza, generalmente, para designar un conjunto de actitudes, de normas y de creencias más o menos compartidas por los miembros de una sociedad, siempre en relación con los fenómenos políticos. De acuerdo con estas apreciaciones, podríamos decir que forman parte de la cultura política de una sociedad los conocimientos o, mejor dicho, la distribución de los conocimientos entre los individuos que componen la sociedad. Pero estos conocimientos deben ser relativos a las instituciones públicas, a la práctica política y a los actores políticos que operan en un contexto determinado. Acotando que hay que

saber distinguir la cultura política de los simples ciudadanos de aquella cultura que es expresión de la clase política heredera del régimen autoritario.

Las orientaciones, actitudes y comportamientos, por ejemplo, la indiferencia ciudadana, la rigidez en las relaciones entre gobierno y gobernados, el dogmatismo teórico de la política o, por el contrario, el sentido de la confianza, de la adhesión, de la tolerancia hacia las fuerzas políticas diversas a la propia, constituyen elementos básicos de la cultura política. Pero, además hay otro componente de la cultura política: las normas, que tienen que ver con el derecho y el deber de los ciudadanos de participar en la vida pública, la obligación de aceptar las decisiones de la mayoría, los principios de la inclusión o la exclusión de recursos y, fundamentalmente, la erradicación de la violencia en la contienda democrática.

La connotación más evolucionada de cultura política data de escasamente tres décadas y media. Los autores Almond y Berva plantean tres tipos de cultura política que deberían ser diferenciados con interés razonado. Después de definir la cultura política como un conjunto de orientaciones psicológicas de los miembros de una sociedad en relación a la política y el poder, dichos autores distinguieron las referidas orientaciones, que son posiciones diferentes del sujeto, al adoptar sus relaciones con el poder.

De conformidad con lo anterior, cultura política no es sinónimo de ideología política; ya que la cultura política supone una serie de conocimientos, pero tiene las pretensiones de darle una interpretación coherente, ordenada y sistemática a todos los fenómenos de

la realidad, como sí se lo propone una ideología, que trata de ser una visión global, una visión ordenada, una visión coherente de los fenómenos.

Por otro lado, cultura política no es sinónimo de erudición política, no es sinónimo de dominio de la ciencia política sino, simplemente, de la admisión de determinados principios teóricos como parte de los valores que se comparten en la referida sociedad. Igualmente, cultura política no es sinónimo de ética política; comprende en efecto valoraciones políticas, pero no compite ni se agota en la ética política. Y cultura política que requiere actuar políticamente tampoco es sinónimo de acción y de praxis política. Por lo tanto, la cultura política requiere de la ideología, requiere de la erudición, de un nuevo tipo de educación, requiere de la ética, requiere de la praxis, de todo ello, pero no se agota solamente ahí, requiere también que haya confianza en los políticos y gobernantes.

La facilidad con que los gobernados y líderes políticos caen en un estado de mutuo desprecio demuestra que la confianza pública es un asunto muy delicado que merece prestarle mayor atención. Para quienes se aferran al poder sin modestia y con descaro en ocasiones, el desprecio y rechazo por la población les da una sensación de superioridad y la posibilidad de culparla después por sus propios yerros y fracasos. Siendo así, no se puede culpar a los ciudadanos por responder con emociones similares. Esto es alentado por políticos populistas de nuevo cuño, quienes sin rubor y con engaños mediáticos socaban la confianza pública, que es el primer paso para destruir el sistema político, basado en la democracia participativa.

Por lo tanto, el desarrollo de una cultura democrática en México implica darle un mayor énfasis a la participación ciudadana acompañada de un mejor conocimiento de la estructura constitucional del Estado, pero implica también tener mejores líderes políticos. Un liderazgo fincado al lado de los ciudadanos que genere confianza explícita. Se confía en el líder porque se tiene la seguridad de que su actividad política favorecerá los intereses colectivos, y además habrá la posibilidad de exigirle rendición de cuentas y transparencia gubernamental. En pocas palabras, la confianza es el principal sentimiento que unen y comparten quienes se sienten convocados por los líderes.

Algunos rasgos culturales de la sociedad sinaloense

Sinaloa es un estado de la República con marcados contrastes en su realidad geográfica, económica, social y cultural. Al igual que el resto del país, asemeja un conjunto de mosaicos de contrastes naturales, pero también sociales y culturales. La entidad federativa en que nos tocó nacer y vivir es un conjunto policromo de micro-regiones diferentes en su realidad económica. A pesar de contar con vastos recursos naturales que favorecen el crecimiento económico, en la entidad persisten innegables rezagos en la atención de las necesidades básicas de la población. Mientras un pequeño segmento poblacional vive casi en la opulencia, por no decir el despilfarro y el desenfado.

Una gran mayoría de sinaloenses sufre atraso económico, social, cultural y educativo, así como de innumerables necesidades básicas insatisfechas. De acuerdo con los principales indicadores sociales, Sinaloa se mantiene por debajo del promedio nacional, muy alejado de los primeros lugares que ocupan estados como Querétaro y Nuevo

León. Por estas razones, Sinaloa tiene una sociedad que lamentablemente se encuentra dividida y escindida por las grietas de la desigualdad y la marginación.

A mediados del siglo pasado, Sinaloa pasa de un estado rural, a ser predominantemente urbano, en donde más de 60% de la población radica en localidades consideradas como urbanizadas. El rápido crecimiento demográfico que Sinaloa registra desde la década de los años cincuenta del siglo pasado se concentra en las principales ciudades. En sólo 30 años, de 1950 a 1980, la población total se triplicó y la que vive en las ciudades más importantes, como es el caso de Culiacán, creció más de seis veces. Nuestra ciudad capital tenía en 1950 solamente 48,963 habitantes y hoy esa población radica en unas cuantas colonias urbanas. En los años setenta, la gran actividad económica de los valles agrícolas atrajo población de otras regiones del país y de la zona serrana de Sinaloa, propiciando la concentración de población en las ciudades del estado y creando nuevos asentamientos humanos que provocaron problemas de paracaidismo, de tenencia del suelo urbano, de vivienda, de dotación de servicios públicos, de educación, de salud, de falta de empleos para toda esa población que desde entonces ha estado creciendo de manera desordenada. Además, se presenta un alto índice de desintegración familiar debido principalmente a las crisis económicas recurrentes, aumentando los casos de divorcio y las separaciones conyugales, y consecuentemente crece a la par un número considerable de población infantil desamparada.

El patrón de crecimiento económico seguido en los últimos años, ha descansado en la abundancia relativa de algunos factores productivos naturales, potenciada aún más por

la acción gubernamental en obras de infraestructura, principalmente hidráulicas, que hicieron de Sinaloa un floreciente emporio económico en décadas pasadas, cuyos beneficios, sin embargo, fueron distribuidos con una óptica social inadecuada, por no decir torpe.

La insuficiencia de servicios urbanos y de vivienda de calidad, especialmente en las colonias populares y en los muy dispersos y pequeños poblados ha sido tanto de infraestructura como de operación. En lo relativo a la salud, todavía son observables carencias de lo más elemental en grandes grupos poblacionales, pues los avances registrados se concentran en las instituciones de seguridad social, quedando olvidados de la atención médica de alto nivel los campesinos que sobreviven en la zonas serranas, los desempleados y subempleados que habitan los cinturones de miseria que rodean los principales centros urbanos, asimismo, el conjunto de trabajadores agrícolas estacionales y pescadores ribereños no cuentan con seguro social permanente. Por si no fuera poco, ha florecido una subcultura de la violencia cuyo caldo de cultivo es la corrupción y la impunidad que prevalece en Sinaloa. La cual es impulsada por las actividades del narcotráfico, lavado de dinero y recientemente por la producción y venta al menudeo de drogas como el cristal.

No hay una política cultural y educativa de cobertura amplia dirigida al pueblo y que esté apoyada por una red de instituciones y, por los medios masivos de comunicación locales. Apenas ahora se ha dado a conocer -por medio de anuncios espectaculares- un programa del gobierno estatal de promoción de valores propios de nuestra identidad.

Esta sentida ausencia de varios años, ha abierto un espacio para que se encauce la difusión de subvalores o contravalores en torno al narcotráfico y la violencia criminal.

En algunos centros poblados de Sinaloa ni el 70% de la población tiene acceso a la educación media y superior. Se carece de infraestructura y programas que promuevan las actividades recreativas y culturales. Hay un analfabetismo funcional vergonzoso, porque la gente casi no lee, menos libros y revistas culturales. Asimismo, no hay suficientes actividades deportivas que junto con las anteriores induzcan en la población un adecuado desarrollo físico y mental. Hay que recalcar además que desde hace varias décadas, con excepción de algunos momentos de fervor político-cívico impulsados por Manuel Clouthier en oposición al PRI, ha venido predominando una famélica participación de los ciudadanos en los asuntos públicos, así como en la vida política. Fraudes electorales, imposiciones, corruptelas, manipulaciones y engaños, mentiras sistemáticas, impunidad, autoritarismo y corporativismo, en fin, los rasgos más comunes de la práctica de la vieja clase política del sistema autoritario habían desalentado con fuerza a la gran mayoría de la población por participar en asuntos políticos y sociales. Agregando que el corporativismo ha sido el rival más peligroso y agresivo del gobierno basado en la representación popular y en la participación ciudadana. De esa manera, el Estado paternalista y autoritario pudo reproducirse sexenio tras sexenio en Sinaloa, sin muchos problemas gracias a esos atributos.⁴

⁴ Arturo Santamaría Gómez, *La emergencia de una nueva cultura política*, en **Noroeste** Culiacán, 1 de marzo de 1997, p. 2B.

Por influencia de la sociedad burocrática y tecnocrática surgida de la modernidad, en la sociedad sinaloense se percibe un malestar que se refleja nítidamente en tres situaciones: 1). La aparición del hombre-masa (conformista, apático, consumista y mediocre); 2). La disolución de los tradicionales lazos comunitarios, lo cual se traduce en la ausencia de valores sólidos y la pérdida de identidad, y 3). La sensación de asfixia espiritual y religiosa, suscitada por la maquinaria de los medios masivos de comunicación, concretamente los electrónicos, proceso en que las personas son reducidas a la condición de seres fragmentados, cada vez más carentes de sentimientos humanos. Ciertamente, este vacío existencial tiene mucho que ver con las recurrentes crisis económicas, sobre todo por el mundo convulso en que vivimos, en donde sobresale el poder omnímodo de las élites, el analfabetismo funcional, los medios masivos de comunicación social y la devastación de los recursos naturales.

Los sinaloenses somos víctimas de una de las experiencias más conflictivas en la historia contemporánea. Basta observar cotidianamente el alto índice de violencia criminal e impunidad, corrupción, alcoholismo, drogadicción, y las enfermedades mentales. Resulta evidente, entonces, que en las entrañas mismas de la sociedad sinaloense, en su lado oscuro, se encuentra el caldo de cultivo que propicia la propagación de los vicios, de la delincuencia, de la corrupción y de los otros factores que impiden que emerja con todo vigor la cultura política democrática. Dada esta progresiva “contaminación” de la sociedad sinaloense, se ha ampliado la dimensión en que opera la ilegalidad, concretamente la delincuencia organizada. Así, han aparecido condiciones para que se extienda la apatía y la incredulidad de los ciudadanos en la

función pública, en la Ley, en los legisladores, en las corporaciones policiacas, y en los partidos políticos.

La cultura política y educación cívica de los sinaloenses

Escudriñar en los terrenos de la cultura política y educación cívica de los sinaloenses es descubrir cómo se conciben los ciudadanos así mismos y cómo se comportan al asumir el rol de protagonistas del sistema político. *A priori*, se aprecia a simple vista en la población sinaloense una relativa ignorancia, apatía y a la vez un rechazo - principalmente entre los jóvenes- en cuanto a lo que sucede en política, comportamientos que van aparejados a una menguada educación cívica, de denuncia en contra de los delincuentes, y como en cascada esto se percibe de manera general en la escasa cultura de la legalidad, cultura de pago de las deudas, cultura de respeto por los derechos humanos, cultura del cuidado del ambiente, educación cívica para no tirar basura en las calles y en los cauces de los ríos, etc.⁵ No hay que olvidar que esta cultura política y este comportamiento cívico se asienta en acontecimientos políticos y en experiencias históricas concretas de la sociedad local. Según cifras oficiales, se destaca sobremanera el bajo nivel de la calidad de vida de la mayoría de los sinaloenses. Este nivel de vida da como consecuencia un pobre nivel cultural y educativo en la población y, en última instancia se observa una baja calidad de la cultura política y educación cívica.

⁵ No hay una investigación realizada acerca del “carácter social” de los sinaloenses. De ahí las generalidades que abordamos en este ensayo, en donde se bosquejan algunos rasgos socio-históricos prototípicos.

De acuerdo a los resultados de la *Segunda Encuesta Nacional sobre Cultura Política y Prácticas Ciudadanas*, aplicada en el año 2003 por la Secretaría de Gobernación del gobierno de la República, el desinterés por la política es manifiesto: 87% de los encuestados declaró tener poco o ningún interés por ella. Este desinterés es bastante grave. Pero, cuando a ello le acompaña la apatía general entonces estamos en presencia de un terreno poco fértil para la vida democrática. Es bastante preocupante que a nivel nacional 1 de cada 3 encuestados haya declarado estar nada interesado en política. Mientras que cerca de 44% de las mujeres entrevistadas declararon no estar nada interesadas en la política, 28% de los hombres respondió de la misma forma, en tanto que 6 de cada 10 encuestados muestran apatía cuando se empieza a hablar de política. Uno de cada tres encuestados sabe cuánto tiempo dura un diputado federal en su cargo. Y ante la pregunta textual: ¿Qué tan seguido acostumbra leer noticias de política en el periódico?, 42% de los entrevistados declararon nunca leer noticias de política. La mitad de las mujeres entrevistadas declaró nunca leer noticias de política, mientras que un tercio de los hombres declaró lo mismo. También, entre otras respuestas, más de la mitad de los encuestados (60%) declaró estar poco o nada satisfecho con la democracia que tenemos hoy en México.⁶

Aparte, se advierte que el lugar que ocupa la política en la vida de los jóvenes es marginal. Ésta es una apreciación que se puede comprobar al revisar los resultados de los distintos trabajos de campo realizados en años recientes. En efecto, los datos empíricos de seis estudios realizados entre los años de 1994 y 2000 son concluyentes:

⁶ Véase *Conociendo a los ciudadanos mexicanos*, principales resultados de la Segunda Encuesta Nacional sobre Cultura Política y Prácticas Ciudadanas de la Secretaría de Gobernación, México, Fundación Este País, 2003.

para amplios sectores comprendidos en este grupo poblacional la política es motivo de rechazo, desinterés y desconfianza.⁷

Por otro lado, según los resultados obtenidos en la *Encuesta sobre Cultura Política en Sinaloa*, aplicada en noviembre del año 2002, en general los sinaloenses tienen poco interés en la política, baja credibilidad en los partidos políticos, son poco proclives a protestar, además se muestran intolerantes para con sus opositores y no se preocupan si el Poder Ejecutivo viola las leyes. La mayoría de los ciudadanos sinaloenses habla más cotidianamente de religión que de política, conocen poco a sus representantes populares, no saben quién organiza las elecciones a nivel local y la división de poderes tampoco es exigencia de la población. Esta encuesta sobre cultura política realizada por la empresa Berumen y publicada por el Consejo Estatal Electoral de Sinaloa, muestra que a la mayoría de los ciudadanos no les gusta participar en política. Tienen mayor interés en los asuntos políticos del Gobierno federal que de los de nivel local y creen que si realizan algún tipo de inconformidad pueden influir más en las decisiones del nivel central que del propio Gobierno estatal. En Sinaloa, el 56.8% de la población encuestada declaró interesarse “de vez en cuando” por la información relacionada con los asuntos de gobierno y la política, mientras que el 18.5% dijo interesarse “regularmente”. El 85.1% de los sinaloenses entrevistados mencionaron no saber el nombre del diputado que representa a su distrito electoral en el Congreso del Estado. También se preguntó a los informantes que mencionaran en qué distrito electoral local vivían, y el 88.7% de la población en muestra declaró no saberlo. Los temas

⁷ *Estudio sobre lo cívico y lo político en las narrativas culturales de los jóvenes mexicanos*, México, IFE, 2003; p. 60.

relacionados con los asuntos políticos no son parte de la conversación cotidiana de los sinaloenses: 49.7% de los entrevistados declaró que habla “ocasionalmente” con otras personas sobre la situación política de México, mientras que 33.9% mencionó que “nunca”. Los entrevistados que demostraron mayor interés por hablar de asuntos políticos son los hombres y las personas con estudios de licenciatura. Además, el número de personas que forma parte de algún tipo de organización es muy bajo. Hay instituciones en las que la confianza de ciudadanos es muy baja o nula; en este caso está la policía (5.9%), los políticos (5.3%) y los burócratas (5.4%).⁸

La explicación puede ser ésta: en Sinaloa una gran parte de la población está viviendo una crisis de sentido en cuanto a sus vidas, y no es solamente por la pobreza, o por la desigualdad económica, el desempleo, la inseguridad pública, la desintegración familiar, la corrupción e impunidad, o por el aumento desenfrenado de las adicciones al alcohol y las drogas entre niños y jóvenes. En algunos casos, esto se manifiesta como una especie de vacío o incertidumbre en la persona en cuanto a saber cuál será su dirección en la vida y cuáles sus objetivos a corto y mediano plazo.

Los sistemas políticos e ideologías que parecían prometer tanto a la gente han demostrado que estaban, en mayor o menor grado, equivocados o vacíos.

La desigualdad económica y social, la pobreza, el desempleo, la inseguridad pública, y la violencia causada por la lucha de los cárteles de la droga, aunado a la insatisfacción

⁸ *Encuesta sobre Cultura Política en Sinaloa*, segunda edición corregida, México, Consejo Estatal Electoral de Sinaloa, Publicaciones Cruz, julio 2003, pp. 19-48.

y desconfianza que inspira el ejercicio de gobierno del presidente Vicente Fox, y el protagonismo de las élites que controlan los partidos políticos, todo esto ha engendrado una sensación de desencanto, de pérdida de confianza.

La sociedad se siente justamente como atrapada y secuestrada. Por un lado, se oyen voces que claman por una renovación de la disciplina y el orden social, una vuelta a las normas más rigurosas del pasado -entre ellas la pena de muerte- como respuesta a tantos crímenes brutales. Por otro, aparece el culto al misticismo y ocultismo, el cual tiene visos de cobrar auge en Sinaloa. Primero fue el Culto popular a Malverde, que ya es parte de la tradición cultural local, pero recientemente han surgido varias sectas y prácticas religiosas, entre éstas el culto a la “Santa Muerte” dada la influencia que ejercen los narcotraficantes en sectores de la sociedad sinaloense.

Uno de los componentes primarios de todo sistema de gobierno basado en la democracia es precisamente la confianza de los ciudadanos. En este caso, las instituciones fundamentales de Sinaloa están obligadas a servir como expendedores y propagadores de confianza. En pocas palabras, instituciones del Estado, incluyendo los partidos políticos, líderes y gobernantes, no solamente deben contribuir -con hechos y razones- a garantizar la confianza ciudadana, sino también a promoverla por diferentes vías. Sólo por medio del elemento confianza puede un sistema de gobierno democrático cumplir su misión de conferir sentido a la vida. De otra manera, sucede que la gente con justa razón al no ver progreso y avances concretos en sus bolsillos dudará de los beneficios de la democracia, y perderá la confianza en los políticos, en los líderes y, de paso en los partidos políticos.

Los sinaloenses tenemos una necesidad de confiar, tanto individual como colectivamente, una necesidad de confiar a alguien o a algo ciertos aspectos de nuestra propia existencia mundana. En la esfera íntima procuramos depositar nuestra confianza en los familiares más cercanos, en los amigos, en el cónyuge o pareja sentimental, incluso en el sacerdote mediante la confesión, algunos otros acuden a los arúspices y echadoras de cartas. Sin embargo, esta necesidad de confianza se extiende hacia otras esferas más impersonales: a las instituciones “oficiales” del Estado y del gobierno, a las instituciones educativas, pero también a los organismos autónomos como el Consejo Estatal Electoral, Tribunal Estatal Electoral, Comisión Estatal de Derechos Humanos, y Comisión Estatal de Acceso a la Información Pública del Estado de Sinaloa. Y los responsables de estas entidades deben ser capaces de nutrir y mantener esta confianza mediante programas y resultados, no sólo a un individuo, ni siquiera a unos cuantos grupos, sino a una gran cantidad de ciudadanos, es decir, a la mayoría. En las relaciones bilaterales con estas instituciones, los ciudadanos somos proclives a olvidar que el depósito de confianza -que alimenta nuestra cultura política y educación cívica- es un proceso activo y no pasivo. Una de las partes da activamente algo que la otra recibe. Entonces se establece una correlación ineludible, intrínseca -de dos vías- entre la confianza que otorgan los ciudadanos y el poder.

En consecuencia, lo que empieza como confianza al salir del donante-ciudadano se transforma en poder en manos del receptor-político. Hay diversas estratagemas para ganarse la confianza. Es tradicional observar en las campañas políticas electorales de

Sinaloa que los candidatos hagan llamamientos a la razón o al sentido común, pero también múltiples acusaciones a los contrarios sin presentar evidencias, y sin escatimar promesas luego del encendido discurso que describe la problemática social. Igualmente, es ya característico mencionar que la política moderna depende en gran parte de los medios masivos de comunicación social, especialmente los electrónicos. Lo que significa que los partidos, sus candidatos y expertos en mercadotecnia electoral recurran mayormente a explotar el potencial publicitario de dichos medios.

Durante el último cuarto de siglo, en Sinaloa se ha hecho cada vez más evidente que la obtención de confianza para los candidatos depende en gran parte de la promoción, de la publicidad y de las relaciones públicas. La competencia político-partidista, los programas de gobierno y hasta las personas que hacen política se presentan igual que si fueran mercancías o productos comerciales. Dicho de otra forma, afirman sus mercadólogos: “Hay que venderlos bien”, sin importar la ética y los principios partidistas. Y para venderlos se echa mano de todas las técnicas publicitarias, incluyendo varias que sirven para la manipulación psicológica. Por supuesto, sigue siendo arriesgado reducir la política al nivel de la publicidad, y también tiene sus altos costos por la pérdida de credibilidad en la gente y que pasa a engrosar las filas del abstencionismo electoral. Algunos estudios han revelado que los televidentes que poseen control remoto de sus aparatos tienden a cambiar de canal, o a bloquear el sonido, cuando aparecen los anuncios de los candidatos.

La conclusión inevitable de semejantes estudios será que los telespectadores opinan que gran parte de la publicidad televisiva es aburrida, o agresiva. Hoy, los

consumidores son educados y bastante inteligentes de lo que suponen los publicistas locales, ya no es tan fácil seducirlos o persuadirlos con mensajes sutiles. Por lo que colocar la política en el mismo nivel que la publicidad comercial es fomentar los antivalores, es promover el abstencionismo, es negar la posibilidad de elevar la cultura política democrática y educación cívica de los ciudadanos por la vía correcta. Puede que la gente vote empujada por el deseo de la novedad o porque el candidato es atractivo visualmente y “habla bien”, o en el peor de los casos votará a cambio de un regalo o ayuda económica, pero el poder y el mandato que se adquieran de esta manera serán muy diferentes de los que se basen en la confianza de los ciudadanos.

Si el ciudadano posee un deseo innato de confiar, también tiene una propensión innata a dudar y a sospechar, a movilizar su inteligencia y sus facultades críticas al servicio del escepticismo y del abstencionismo. Solo frente al Estado, es así como afirma su individualidad, la percepción de su propia singularidad y madurez, pero también su insumisión frente al poder político y expresar su rechazo.

A pesar de todo esto, hay esperanzas de que la diversidad de ideas y la confrontación democrática de opiniones -un rasgo peculiar de las sociedades modernas- adquiera carta de naturalización en Sinaloa. La cuestión que llama la atención estriba en que aquí una parte de los sinaloenses organizados dentro de la sociedad civil ha logrado mantener una actitud serena, inteligente y actuante, manteniendo la cohesión social a pesar de la delincuencia organizada, de la inseguridad pública, de la pobreza, del desempleo y del papel deprimente de los partidos políticos.

El papel actual de los partidos impide que crezca la cultura política y la educación cívica de los sinaloenses.

Es lamentable reconocerlo, pero las élites que gobiernan los partidos políticos están más concentrados en mantener el control interno y estar atentos a las cuestiones electorales que dedicarle tiempo a la promoción de la cultura política y educación cívica de los sinaloenses. Parte del desprestigio de la política tiene que ver justamente con una cierta incapacidad de los políticos profesionales para comunicarse con los ciudadanos y las organizaciones de la sociedad civil, fuera del calendario electoral. En lugar de construir acuerdos internos en este tema, los partidos tienden hacia la improvisación o a ampliar a veces artificialmente la agenda de los problemas por resolver. En varios partidos ni siquiera hacen una distinción entre miembros militantes y simpatizantes porque no tienen un padrón confiable. Además, no manifiestan voluntad para observar los principios y estatutos partidistas, y los integrantes de las élites que los controlan se auto-protegen cuando son descubiertos en actos de corrupción.⁹

Cuando es tiempo de elecciones, la sociedad se deslumbra por los nuevos esquemas del *marketing* político, que en los últimos años ha sustituido en forma creciente a las campañas políticas de ideas. De los años 90 a la fecha la sociedad se va más por la imagen del candidato que por la propuesta del partido y las soluciones del mismo

⁹ Los partidos políticos son las instituciones más corruptas del mundo, una afirmación nada gratuita sino avalada por *Transparency International* (TI), la única organización no gubernamental dedicada en exclusiva a la lucha contra la corrupción. Países como Ecuador, Argentina, México, Guatemala o Perú están en letras rojas en este informe. *Transparency International* ha denunciado que en todos los países la corrupción política es un "grave problema" que supera a la de las empresas. Los partidos políticos obtienen la peor consideración en 36 de los 64 países encuestados en el Barómetro Global sobre la Corrupción de TI, publicado el 9 de diciembre de 2004, proclamado por Naciones Unidas como Día Internacional Contra la Corrupción.

candidato. Si la imagen del candidato es atractiva, la gente se inclina por él. Por tales razones, se da una creciente insatisfacción ciudadana con la democracia o, para no ponerlo en términos tan negativos, hay un malestar que hasta ahora es menos con la democracia y más con los partidos. Pero, de continuar las tendencias actuales, el malestar puede terminar por volverse en contra de la democracia por no responder de manera adecuada a las aspiraciones del grueso de la población.

Los partidos políticos no han reflexionado sobre los problemas urgentes y concretos que se nos vienen encima. La inseguridad pública sigue imbatible, y la lista de problemas de nuestra joven democracia puede duplicarse. Sin embargo, el primer gran obstáculo para resolverlos es justamente la baja calidad de la clase política que domina en los partidos, luego está la anquilosada estructura social heredada, su terrible desigualdad, así como una añeja cultura política que ha resultado muy tolerante con la corrupción y la impunidad.¹⁰ Definitivamente, la democracia no debe depender únicamente de los partidos, los candidatos o los gobiernos, sino basarse en la fortaleza de la sociedad. La democracia no puede defenderse por sí misma. Para su defensa, promoción y consolidación, depende de los ciudadanos.¹¹

¹⁰ En relación a la vigencia del Estado de derecho y en una escala de 0 a 6, el Banco Mundial colocó hace poco a nuestro país en el 2.7, ni siquiera llegamos a la mitad del camino que deberíamos de haber ya recorrido en esa materia.

¹¹ En el libro *El ciudadano imaginario* publicado por la UNAM se habla acerca del ciudadano virtual. Se dice que cada uno de los actores de la política imagina un ciudadano como “cortado a su medida”, sin darse cuenta de que el ciudadano en nuestro país tiene una serie de carencias para poder encarnar realmente una ciudadanía madura y responsable.

Después de la presentación de la *Segunda Encuesta Nacional sobre Cultura Política y Prácticas Ciudadanas*, la crudeza de los datos que arroja este estudio, realizado por la Secretaría de Gobernación, dejó en el aire más dudas que expectativas sobre la democracia en nuestro país y el papel de los partidos políticos. El alto abstencionismo de las elecciones ha sido un llamado constante de atención para los líderes de los partidos políticos. Es también una expresión de fragilidad de la cultura política de numerosos ciudadanos. La abstención -en sus raíces más profundas- está vinculada a la cultura política de la gente, particularmente a la cultura democrática. Si las personas no conocen o no viven a fondo los valores democráticos, difícilmente van a participar y ejercer sus derechos como ciudadanos.

Este malestar general se expresa como una ola expansiva hacia los partidos, los líderes políticos y los cuerpos legislativos. Los adjetivos que comúnmente lo acompañan no suelen ser nada halagadores. Es así que el desencanto con la política, en lo general, y con la clase política, en lo particular, puede convertirse en un desencanto con la política democrática.

La declinación de las ideologías que ordenaban los campos de la política y el fortalecimiento del pragmatismo en los partidos han producido por supuesto hartazgo, desencanto, apatía en los ciudadanos. Si a ello le sumamos la tendencia a convertir a la política en una actividad relacionada con el espectáculo y regulada por la práctica comercial de los grandes consorcios de los medios de comunicación masiva, el círculo del sin sentido tiende a cerrarse.

Conclusiones y propuestas

La cultura política y la educación cívica de los sinaloenses es producto de la historia universal, nacional y local y, en su evolución o involución han intervenido varias generaciones de ciudadanos a lo largo de los siglos XIX y XX. Ambas, la cultura y educación, están vinculadas directamente a los avances y retrocesos de los diversos sistemas políticos que han regido en México.

Es evidente que la cultura política y la educación cívica de los sinaloenses no está fincada en terreno firme y por lo tanto no tiene cimientos sólidos. Y lo más grave, esta cultura se ve restringida y apabullada por el monopolio electoral de los partidos políticos.

Los problemas críticos por los que atraviesan los partidos nacionales y locales - aderezados con escándalos mediáticos- han influido para que se fortalezca cada vez más una parte de la ciudadanía pasiva e indolente.

Al margen de esta problemática, se anuncian reformas electorales en el Congreso del Estado de Sinaloa para noviembre de este año. Y fuera del contexto y la dinámica que imprimen las elecciones periódicas, se percibe la necesidad de estructurar mecanismos y procedimientos ágiles, transparentes y eficaces que fortalezcan y difundan los valores de la cultura política y educación cívica decididamente democrática. En las iniciativas de ley que están para dictaminarse y que se refieren a la participación ciudadana, se plantean algunas propuestas de instrumentos y procesos que podrían fortalecer valores y comportamientos de la cultura política democrática, entre otros el referéndum y el

plebiscito. Asimismo, hay otras propuestas acerca de las candidaturas independientes de los partidos, y otras más que pretenden reformas y adiciones en torno a la representación política, la tolerancia, el acceso a la información pública y la solidaridad entre ciudadanos. En el mismo sentido, es indispensable reformar la Ley de Educación de Sinaloa para que haya una corresponsabilidad del Estado, de los organismos autónomos y de la sociedad civil en la gran tarea de impulsar y desarrollar la cultura política y educativa de los educandos. Es preciso promover una reforma en la educación superior encaminada a lograr que se produzca en México un nuevo liderazgo político sustentado en nuestros valores democráticos.

Urge crear en Sinaloa una cultura democrática alternativa que promueva el respeto y el florecimiento de todas las manifestaciones de la diversidad, no solamente la política, sino también la étnica, sexual, artística y racial. Fomentar una mayor y más activa participación política de la sociedad civil con el fin de equilibrar el poder excesivo del Estado y de los grupos de presión. Porque hasta ahora el camino hacia la democracia no está del todo bien trazado, lo cual nos indica que no hay garantía de que la cultura política y educación cívica de los sinaloenses se eleve a niveles satisfactorios.

Es necesario reafirmar el compromiso social de educar para consolidar nuestra democracia. Educar para consolidar los valores como la tolerancia, la igualdad, la equidad, el pluralismo, la solidaridad y el respeto a la ley. Debemos continuar avanzando para que el 70% de los ciudadanos -cuando menos- acepte que, efectivamente, no hay mejor alternativa política que la democracia para resolver los problemas colectivos y continuar desarrollando al país. Sobre lo anterior, cabe advertir

que varias encuestas de opinión muestran que en México el sistema democrático tiene un respaldo mayoritario, pero no es aún contundente.

La democracia no solamente necesita regularse e instrumentarse. También se requiere que predomine una cultura democrática. A través del sistema educativo y los medios de comunicación, se debe fomentar masivamente un gran sentimiento popular hacia la democracia, mediante la propagación y asimilación de los principios básicos: la tolerancia, igualdad, equidad, pluralismo, solidaridad, respeto a los derechos humanos, observancia de la ley, derecho a ser informado de los actos del poder público, responsabilidad de los servidores públicos, la eliminación de las inmunidades del poder, etcétera.

A nivel nacional, se requiere una reforma profunda del Estado. Sin embargo, el asunto es complejo y difícil de resolver. En principio, impera la confusión sobre las verdaderas causas que provocan la disfunción del sistema político. Además, no hay consensos entre los partidos y protagonistas políticos en torno a cómo abordar esta reforma del Estado, que incluye las reformas estructurales, pero también una definitiva reforma político-electoral, así como la transformación del sistema de pesos y contrapesos entre los poderes del Estado con el fin de hacerlos más eficientes y eficaces en su función pública.

Es posible avanzar en la tarea de recomponer la cohesión social, ese tejido orgánico social que se ha venido deteriorando desde hace años, y que al restaurar la comunicación en los enlaces -mediante la construcción de adecuados andamiajes

políticos, económicos jurídicos y sociales- podremos nuevamente unirla y hacerla parte de un mismo proyecto de Nación. Además, es factible preservar vivo el ánimo de los ciudadanos para mejorar y transformar a México y a Sinaloa. Pero, como expresara atinadamente el escritor Carlos Fuentes, si las instituciones democráticas no producen pronto resultados económicos y sociales para la mejoría de las mayorías, para superar el abismo entre pobres y ricos y estrechar los espacios entre la modernidad y la tradición, podemos temer un regreso a nuestra más vieja y arraigada tradición, que es el autoritarismo.

Bibliografía

ALMOND, Gabriel y Sidney VERBA, *La cultura cívica. Estudio sobre la participación política democrática en cinco naciones*, Madrid, Fundación de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada, 1970.

BONFIL BATALLA, *México profundo, una civilización negada*, segunda edición, México, Editorial Grijalbo, 1994.

CEBALLOS GARIBAY, Héctor, *Apología de la tolerancia*, antología de ensayos, México, Ediciones Coyoacán, 2005.

COMISIÓN DE ESTUDIOS PARA LA REFORMA DEL ESTADO, *Conclusiones y propuestas*, México, UNAM, 2001. (Coordinador: Porfirio Muñoz Ledo; prólogo de Juan Ramón de la Fuente).

CONSEJO ESTATAL ELECTORAL DE SINALOA, *Encuesta sobre cultura política en Sinaloa 2002*, segunda edición corregida, México, Consejo Estatal Electoral de Sinaloa en co-edición con Publicaciones Cruz, 2003. (Presentación de Rigoberto Ocampo Alcántar).

INSTITUTO FEDERAL ELECTORAL, *Estudio sobre lo cívico y lo político en las narrativas culturales de los jóvenes mexicanos*, México, IFE, 2003.

PESCHARD, Jacqueline, *La cultura política democrática*, cuarta edición, México, Instituto Federal Electoral, 2001. (Cuadernos de la divulgación de la cultura democrática, 2).

SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN, GOBIERNO DE LA REPÚBLICA, *Conociendo a los ciudadanos mexicanos. Principales resultados de la Segunda Encuesta Nacional sobre Cultura Política y Prácticas Ciudadanas*, 2003, México, Fundación Este País, septiembre de 2003.

RIDLEY, Jasper, *Los masones, la sociedad secreta más poderosa de la tierra*, segunda edición, Buenos Aires, Ediciones B Argentina, 2000.